

Milena

Rebeca Marsa*

En la primera fila está Milena. Lleva el cabello recogido y la mirada de tigre cebado que se esconde para no asustar a la presa. Lleva instalados unos audífonos y tamborilea en el brazo de madera de la silla. Se quita uno de los audífonos y saluda alegremente a tres muchachos que se acercan a ella. «Hola, al fin te encontramos, ¿dónde andabas metida?». «Por ahí», responde, dejando flotar las palabras como una burbuja de colores. «Y... ¿Sebastián?». Tomás levanta los hombros, mientras pasa frente a Milena y se acomoda a su lado.

Tomás es bello y lo sabe. Sonríe con cara de bobalicón a unas muchachas que murmuran al verlo y se mueven inquietas al saberse reconocidas. Él les hace un guiño y un gesto obscuro que las hace reír e instintivamente se acomodan en las sillas. Luego se acerca a Andrés, que se ha instalado a su lado y le murmura algo al oído, mientras continúa mirando a las muchachas. Los dos sueltan una carcajada al unísono. Camilo se sienta al otro lado de Milena, quedando con el paisaje de sus largas piernas en la mirada. Milena le golpea el muslo llamando su atención.

Instalados en la primera fila, conversan entre sí. «¿Cómo te fue en el parcial?». «Grave, marica, justo me salió el tema que no alcancé a revisar». «Como si hubieras revisado alguno, ja». «Pues sí, aunque no lo crean, me pasé toda la noche estudiando. No puedo arriesgarme a perder ese crédito. Mi único compromiso en la vida», dice con tono ceremonial, «es sacar adelante la carrera. Eso lo dejó bien claro don Andrés padre. Como no tengo la suerte de Tomasito, que siempre cae parado».

El interpelado reacciona como punzado por un alfiler. «¿Suerte? Noo, viejo, ¡inteligencia! Milena, ¿por qué tan callada? ¿Qué bicho te picó?». Ella escucha atenta la conferencia de Román. Lo observa y, ante las miradas concentradas de sus amigos que no pierden palabra alguna, se siente orgullosa del hombre. Román interroga y confronta al auditorio sobre los alcances de la imagen fotográfica para reflejar la verdad. Sobre la verdad periodística y la realidad. Habla con soltura y precisión. Cada palabra es como una perla redonda y pulida que tintinea en su cabeza. Lo admira y en ese momento lo desea.

Recuerda sus desaires y la terquedad con la que se empeña en mantener la distancia. Lo observa en su territorio, tejiendo palabras inspiradas. A ella le gustaría quebrarle la voz en un jadeo y arrancarle el control con su lengüita de gata. Sonríe con esos pensamientos y se siente húmeda con el placer anticipado entre las piernas. Camilo la ve sonreír con malicia y no alcanza a entender. Acomoda el brazo alrededor de la silla de Milena, en un claro gesto de posesión. Los otros dos amigos escuchan absortos al profesor con los ojos atentos a la seducción de los argumentos y los juegos de palabras.

Salen tan presurosos como entraron. La atmósfera calurosa del salón y el eco de las palabras se disipan, mientras en grupos abandonan sus sillas. Los muchachos se palmorean unos a otros. «Estuvo buena la conferencia», dicen algunos. Otros se apresuran a conectarse para responder los mensajes que se han quedado pendientes en la nube. Escriben con los ojos fijos en la pantallita de sus celulares: «¿dónde la seguimos?», «¿y qué?», «¿unas cervecitas?», «llamemos a...», «escribió...», «yo los llevo. Está lloviendo». Están alegres: es viernes y amerita una buena rumba.

Escritora. Magíster en Escrituras Creativas. Especialista en Creación Narrativa. E-mail: rebecca.marsa@gmail.com.

Para Camilo la verdad *versus* la veracidad, el periodismo gráfico y sus avatares, la guerra y sus muertos, la lucidez del maestro y su humor de puñalada, las palabras, todo, salvo las piernas de Milena, se vuelve pasado en cosa de minutos. La noche empieza. Es hora de irse a los bares, meterse algo que aligere el espíritu y beberse unos *drinks*. Un viernes es perentorio tomarse la noche, bebérsela completa, con todo y nubarrones. Un aguacero no asusta en esta ciudad en donde llueve todo el tiempo. Ríen, se abrazan, la ruleta vuelve a jugar. «Esta noche hay carrera», dice entusiasmado Camilo. «Milena ¿te le apuntas a ser mi copiloto?».

Por la autopista, el Peugeot de Camilo vuela cruzando los semáforos en rojo. Un taxi casi da un vuelco. Se escucha un chirrido y el pito sostenido del conductor que apenas alcanza a maniobrar para no perder el control del auto. Una ambulancia que viene ululando pasa de largo. «Vamos a alcanzarla». El velocímetro marca ochenta, noventa, ciento diez kilómetros; los árboles pasan como sombras, y el aire húmedo golpea el parabrisas. Las luces compiten con los últimos fulgores del atardecer dejando en la pupila la sensación de un tiovivo que gira sin control. «Acelera, acelera que la perdemos». Camilo hunde el pie en el acelerador sin compasión. La fila de automóviles que esperaban el cruce se queda estancada cuando la camioneta negra que la encabeza frena en seco para ceder el paso al Peugeot que atraviesa la calle como un pequeño demonio azul.

Se mantienen a la zaga de la ambulancia, esquivando aquí y allá autos y peatones, que primero se ven como punticos y en segundos son bultos brincales que maldicen, avanzan o retroceden escapando por centímetros de la embestida brutal del automóvil. En esos momentos, los muchachos aúllan: «Acelera, acelera», mientras hacen gestos grotescos por las ventanillas. «Muévanse, vacas, que no están en su finca». Se ruedan la botella. «Acelera, acelera». Camilo se mantiene concentrado en el volante, como si estuviera en una pista de carreras compitiendo. Toma la botella y bebe sin alboroto. No habla; mantiene la tensión en el

cuerpo, poniendo a prueba la dirección con curvas casi imposibles para pasar muy cerca de los peatones y saborear sus caras de espanto. Milena, ya de copiloto, tras las primeras cuadras, comienza a sentir una alegría indescriptible, una sensación de plenitud, de destino más allá de lo previsible, de potencia y de furia. Camilo la ha tomado bajo su tutela. Le gusta esa muchacha. Velocidad contra el tedio. Esa era su primera prueba, y ella, nada remilgada, nada de griticos o llantos pendejos. Muy bien, mujer, así es.

Pasada la medianoche, las calles mojadas relucen bajo la luz mortecina de los postes. En la esquina un vendedor de perros deja escapar el calor oloroso a cebolla de su improvisada estufa, un taxista cruza veloz mientras mira de reojo, protegido por un grueso vidrio, a sus pasajeros. El vigilante de esquina que administra el sueño de los vecinos, somnoliento desde su garita, ve pasar a una mujer que camina en línea recta bajo la lluvia. Protegidos por un alero se apretujan para darse calor un mendigo y dos perros, compartiendo las sombras.

La avenida ruge. En ella se han apostado casi doce automóviles. Llenan la calle con olor a combustible quemado. De las puertas abiertas se descuelgan como enredaderas muchachos y muchachas. Beben y se abrazan, se tocan, chocan y rebotan en un ir y venir de besos y carcajadas. Están calientes, arden con el afán, con la promesa de una emoción que los haga estremecerse, que mate el aburrimiento. Se retan, se amenazan, jueguetean como cachorros recién destetados que necesitan definir su rango en la manada. La carrera está a punto de empezar.

Milena se acomoda el cinturón, atenta como si fuera a pilotar un transbordador lunar. Se le nota la tensión en el cuello, y la ansiedad la hace salivar de más, mientras bebe a grandes bocanadas el aire frío de la calle. Camilo no oculta su entusiasmo y palmea el capó de su Peugeot. «A ver, precioso, a comportarse. Yo veré». Se acomoda frente al volante, acelera el motor repetidas veces, acompasando a los otros conductores que

hacen lo mismo. Una improvisada bandera da la partida, y por la solitaria avenida se lanzan desenfrenados. La vida no les alcanza para vivirla, ni el aire es suficiente para llenarles los pulmones. Se adelantan, se rozan y se esquivan, saltan cuando caen en un hueco de la calle y maldicen. Mantienen la mandíbula encajada y las manos sudorosas apretadas al volante. La noche está fría y la luz de las farolas desgarrar la noche. La ciudad dormida deja ver sus lomos oscuros. La avenida se abre completa a los corredores que van tras los límites rompiendo las sombras.

Dentro del auto, los nervios templados, la piel transpirando, el aire escaso. Milena siente que le corre agua caliente por el cuerpo. Abre las piernas, y la calle entera se mete en ella, la penetra, la seduce. La velocidad es orgásmica, una puerta entre la vida y la muerte. «Acelera, acelera». Ya ni siquiera es la carrera; es la velocidad, el sonido del viento contra los flancos del auto, las luces quebrando la noche, la adrenalina al tope. «Acelera, acelera». Tiene las uñas clavadas en la cojinería de cuero, como un gato listo para saltar, con la espina dorsal arqueada y la mirada fija. Es un animal en celo, un volcán en eclosión, un tsunami.

Llevan la delantera. En el espejo retrovisor, ningún competidor. Están volando. Camilo mantiene la mirada clavada en el pavimento como si no existiera nada distinto a aquella línea gris que consume desaforado. El tiempo deja de existir, la distancia es la única realidad que importa. El tacómetro está al tope y el velocímetro ha perdido su derrotero. El carro empuja, la navecita azul endemoniada avanza incendiando el aire, sin freno, sin medida. El motor ruge y ellos gritan excitados. «Me encanta esto, me encanta». Se siente plena y feliz.

La noche corre en un tecnicolor alucinante por las ventanillas. Poco a poco Camilo va ganando posiciones. Pareciera que no respira. Mantiene la mirada atenta en la bruma que cae y apenas deja ver un par de metros del pavimento. El corazón le bombea con tanta fuerza que se hace visible bajo la camisa blanca, como un frijol gigante y grueso.

Suena pum pum, a punto de estallar. Milena se muerde la lengua y clava las uñas en la manija de la que se agarra para no perder el equilibrio con los giros del automóvil. «Esto está de locos», murmura Camilo, sin perder de vista ni un instante la lustrosa avenida. El limpiabrisas se escucha ir de un lado a otro. De repente una imagen espectral surge de la sombra.

La geometría del tiempo y el espacio demarca un vértice imprevisto entre la línea recta de una mujer y el horizonte de un auto azul que vuela por la avenida. Camilo y Milena se miran: tienen demasiado impulso y demasiada adrenalina como para frenar. Siguen adelante, acelerando. El golpe estremece el carro, haciéndole perder la línea recta. Zigzaguea. Apenas sienten el golpe seco en uno de los costados y el giro de la mujer que se eleva y cae algunos metros adelante. Escuchan el chirrido de los frenos de los otros autos que pivotan como locos tratando de esquivar el cuerpo tendido en la calle y unos a otros.

Dos cuadras más adelante se cierra el circuito. Camilo mira con rabia la huella que ha dejado el cuerpo de la mujer. «Esa loca hijueputa se me tiró el carro», murmura mientras acaricia los quiebres que exhiben las latas y el vidrio roto de la farola. «Camilo, viejo, ¿no la vio venir? Vamos a terminar metidos en un lío, ¿por qué no frenó?». «El accidente ha sido fenomenal. Es mejor largarse y llamar una ambulancia», se atreve a decir alguien. «Sí, pero cuando estemos bien lejos». Milena, excitada, se acomoda para tomar un par de imágenes con su móvil. Esto será una fantasía en la web. Con un gesto brusco y repentino, Camilo le arrebató el celular. «Déjate de pendejadas. Nada de evidencias. Esto nunca pasó, esto nunca pasó». Milena tiembla y suelta una carcajada cercana al miedo y al recuerdo: «Tienes razón. Como diría mi papá: sin pruebas no hay delito. Vámonos de aquí».

Se despierta sudando, sintiendo el golpe de nuevo en la cabeza, en todo el cuerpo. Solo recuerda estar emocionada, excitada, embebida en la línea blanca del pavimento. ■■■